

EL LEPROSO, *AMADO SIN SABERLO*



*Basado en Marcos 1:40-45
y los escritos de Elena G. White*

jesusyoyo.com

El leproso, amado sin saberlo

Primera edición

Fuente primaria: Elena G. White y las Sagradas Escrituras.

Compilación y reflexión del material fuente: Nicolás Bertoa.

La narrativa en prosa fue generada con asistencia de inteligencia artificial (Claude, Anthropic),
a partir del material compilado.

«El que no ama, no conoció a Dios, porque Dios es amor.»

1 Juan 4:8

jesusyyo.com

PRÓLOGO

El mundo que expulsa

Antes de que puedas entender lo que Jesús hizo aquel día, necesitas entender lo que era ser ese hombre.

No su nombre, que nadie registró. No su historia anterior, que nadie conocía. Lo que necesitas entender es lo que sentía su cuerpo cuando caminaba, lo que escuchaba cuando se acercaba a un camino, lo que ocurría en su pecho en el momento en que otra persona lo veía desde lejos y comenzaba a alejarse.

La lepra en el mundo antiguo no era solamente una enfermedad. Era una sentencia. El sacerdote la declaraba, la ley la ejecutaba, y la comunidad la cumplía con una eficiencia que ningún tribunal moderno podría igualar. De un día para el otro, un hombre dejaba de existir para todos los que lo habían conocido. No en la muerte, que al menos tiene la dignidad de un final claro, sino en algo más difícil de soportar: en la exclusión permanente de todo lo que hace que una vida valga la pena ser vivida.

No podía estar con su esposa. No podía tocar a sus hijos. No podía sentarse a la mesa con su padre anciano, ni caminar por el mercado, ni entrar al templo, ni orar junto a otros. Llevaba las vestiduras rasgadas como señal de duelo, la cabeza descubierta como signo de vergüenza, y estaba obligado por ley a anunciarse a sí mismo con un grito que lo seguiría por el resto de su vida: «¡Inmundo! ¡Inmundo!»

Al principio, ese grito le costaba. Había algo en la garganta que se resistía antes de pronunciarlo, como si el cuerpo supiera que estaba colaborando con su propia condena. Pero los años son pacientes. Con el tiempo aprendió a leer el miedo en los ojos antes de que los pies reaccionaran. Aprendió a calcular a qué distancia debía desviarse del camino para que nadie tuviera que correr. Aprendió, sobre todo, a no esperar otra cosa. Cuando alguien lo miraba con algo que podría haber sido lástima, él lo traducía sin pensarlo en asco contenido. Cuando veía una posibilidad, algo en él la clausuraba antes de llegar a desearla: ¿para qué, si todo termina igual? El rechazo repetido no solo duele — reescribe la manera en que uno interpreta todo lo demás. Este hombre ya no podía leer el mundo de otra forma.

Pero lo peor no era el dolor físico ni el rechazo social. Lo peor era lo que le habían enseñado a creer sobre su enfermedad: que era un castigo de Dios. Que si estaba así, era porque Dios lo había abandonado. Que la distancia entre él y los demás no era sólo una distancia social o ritual, sino una distancia teológica. Que Dios mismo lo miraba con el mismo asco con que lo miraban los sacerdotes.

Esa mentira no llegó de golpe. Llegó filtrada por voces que sonaban autorizadas, envuelta en el lenguaje de la Escritura, avalada por la práctica de siglos. Toma una medida de salud pública y conviértela en veredicto divino. Toma la soledad de un hombre y nómbrale causa: algo habrás hecho. Toma el silencio de Dios —que no es abandono sino misterio— y preséntalo como prueba de que no hay nada en él que merezca ser rescatado. Así es como una mentira se vuelve teología: no por ser grosera, sino por ser plausible.

Ese hombre cargaba todo eso cuando decidió buscar a Jesús.

Lo que sigue es la historia de ese encuentro. No como dato histórico, sino como algo que puede ocurrir todavía, en cualquier corazón que se atreva a acercarse con la misma frase que él usó: «Si quieres, puedes.»

CAPÍTULO I

Si quieres

Había escuchado cosas sobre él.

Las noticias viajan de manera extraña entre los que viven en los márgenes. No llegan por los caminos principales, no se anuncian en los mercados. Llegan en susurros, de boca en boca, entre personas que también están acostumbradas a existir en los bordes de la vida normal. Alguien que había sido ciego. Alguien que había tenido fiebre durante semanas. Una mujer a quien todos habían declarado incurable. Y este hombre había sanado a todos ellos, sin preguntar si lo merecían, sin exigir primero que demostraran algo.

El leproso pensó mucho en eso.

Porque había una diferencia entre el poder de Jesús y la voluntad de Jesús, y él la conocía bien. Los fariseos también tenían poder, en cierto sentido: poder para declararlo inmundo, poder para alejarlo, poder para asegurarse de que nadie lo tocara. Pero ese poder nunca había estado orientado hacia él. El poder sin voluntad de usarlo en su favor no era ningún consuelo.

¿Y si Jesús era igual? ¿Y si sanaba a los que le resultaban aceptables y miraba hacia otro lado cuando se trataba de alguien como él? La ley era clara en que tocarlo lo hacía inmundo. Ningún hombre puro querría correr ese riesgo. Y Jesús, según todo lo que había escuchado, era más puro que cualquier otro hombre que hubiera caminado por esa tierra.

Durante días —o quizás semanas, porque el tiempo fluye diferente cuando uno vive solo con sus pensamientos— dejó que esa pregunta lo trabajara desde adentro. No había manera de saberlo sin ir. Y no había manera de ir sin arriesgar la única cosa que le quedaba: la esperanza de que tal vez, de alguna manera, las cosas pudieran ser diferentes.

Supo que Jesús estaba enseñando cerca del lago. La muchedumbre que lo rodeaba era densa. Eso era un problema, porque donde había muchedumbre había personas que lo reconocerían y huirían, y el pánico se extendería y sería expulsado antes de llegar.

Pero también estaba Jesús, al centro de todo.

Lo vio poner las manos sobre personas enfermas. Lo vio inclinarse hacia alguien que los demás evitaban. Lo vio no retroceder. Y algo en ese detalle —tan pequeño, tan concreto, tan diferente de todo lo que este hombre había experimentado— encendió en él algo que llevaba años apagado.

Se acercó. La gente retrocedía. Algunos gritaban. Él no los veía, o más bien los veía y seguía de todas formas, porque había algo más poderoso que el miedo al rechazo: la posibilidad, frágil y urgente como una llama en el viento, de que este hombre pudiera querer.

Se echó a sus pies.

Y dijo lo único que era completamente honesto: «Señor, si quieres, puedes limpiarme.»

No «si puedes». Sabía que podía. Lo había visto. La duda no era sobre el poder. Era sobre la voluntad. Era la pregunta más profunda que un ser humano puede hacerle a Dios, más profunda incluso que la pregunta sobre la existencia: ¿quieres ocuparte de mí?



Hubo una noche en que me quedé solo después de confesar mis infidelidades. No había manera de dormir, y tampoco de orar bien — las palabras salían pero no llegaban a ningún lado. Lo que le decía a Jesús no tenía forma de petición: era más parecido a una constatación. *¿Quién se va a fijar en mí con ese pasado? ¿Quién va a querer quedarse cerca de alguien que hizo lo que yo hice?*

No dudaba de que Jesús tuviera poder. Dudaba de que ese poder quisiera orientarse hacia mí.

Eso es exactamente lo que este hombre le preguntó desde el suelo: no «¿puedes?» sino «¿quieres?»

CAPÍTULO II

Quiero

Lo primero que Marcos registra no es lo que Jesús dijo. No es lo que Jesús hizo. Es lo que Jesús sintió.

En el mundo helenístico y hebreo, las emociones profundas no se localizaban en la cabeza sino en el vientre. Cuando Marcos escribe que Jesús fue «profundamente conmovido», está usando un término que describe una emoción que viene desde adentro, desde el centro del cuerpo, desde un lugar que no decide sino que responde. No es una decisión compasiva tomada después de evaluar la situación. Es una respuesta visceral. Jesús se conmueve en las entrañas ante este hombre.

Eso importa. Importa mucho. Porque hay una diferencia entre ayudar a alguien porque es lo correcto y ayudar a alguien porque algo en vos se mueve cuando lo ves. La primera es virtud. La segunda es amor. Y Marcos, con la precisión del que registra lo que Pedro le fue contando, se detiene primero en eso: en lo que Jesús sintió antes de hablar, antes de moverse, antes de hacer nada.

Después extendió la mano y lo tocó.

Hay que detenerse aquí también. Jesús sanó muchas veces sin tocar a las personas. En el evangelio de Juan no hay prácticamente ningún milagro que requiera contacto físico. El toque no era técnicamente necesario para sanar. Jesús podría haber hablado desde donde estaba, y la lepra habría desaparecido de todas formas.

Pero este hombre no había sido tocado en años. Quizás en décadas. La ley lo hacía imposible: cualquier contacto lo convertía a uno en inmundo. Así que todos, absolutamente todos, habían aprendido a mantener distancia. El cuerpo de este hombre había estado rodeado de espacio vacío durante tanto tiempo que probablemente ya había olvidado lo que se sentía cuando alguien se acercaba sin miedo.

El toque no lo necesitaba Jesús. Lo necesitaba él.

Y después, las palabras. Dos palabras en el original griego que deshacen en un instante todo lo que años de sistema religioso y de exclusión habían construido en la psique de un hombre: «Quiero. Sé limpio.»

La primera palabra responde la pregunta que él había traído desde lejos, la única pregunta que importaba: sí, quiero. No te estoy tolerando. No estoy cumpliendo con una obligación. Quiero. Hay en mí algo que responde a lo tuyo, que se mueve hacia vos, que quiere ocuparse de lo que te ocurre.

La segunda es la consecuencia de la primera. Si quiero, entonces: sé limpio. El poder sigue a la voluntad. La sanación sigue al amor.



Hubo un momento en que le pedí a Jesús algo concreto: que me dijera algo lindo. No una teología, no una promesa general — algo dicho a mí, en ese momento. Salí a caminar sin saber bien adónde, tomé un camino diferente al de siempre, y después de un rato había una pared delante mío con un mural que decía «*Te Amo*» y un corazón violeta, que es mi color favorito. Cuando lo vi, algo pasó en el pecho que no fue un argumento. Fue un flechazo.

Jesús conoce los lenguajes del amor de cada uno. A este hombre le habló en el único lenguaje que después de años de exclusión todavía podía entrar: el toque, y las palabras directas. No una explicación sobre la naturaleza del amor divino. Un gesto. Una frase. *Quiero*.



Los manuscritos más antiguos difieren en un detalle que los traductores han debatido durante siglos: algunos dicen que Jesús estaba *conmovido* en este momento, otros que estaba *enfurecido*. Ambas lecturas son válidas, y ambas revelan algo verdadero sobre el carácter de Dios.

Si estaba conmovido, era porque veía a un ser humano reducido a menos de lo que fue creado para ser, y eso lo movía desde adentro. Si estaba enfurecido, era porque veía lo que el sistema religioso había hecho: tomar una medida de salud pública y convertirla en una declaración de abandono de Dios, sembrar en el corazón de un hombre la mentira de que Dios lo despreciaba, y llamar a esa mentira teología.

A Jesús le duele que malinterpreten el carácter de su Padre. Le duele con la intensidad de alguien que ama profundamente a ambos: al Padre cuyo nombre es distorsionado, y al hombre que creyó la distorsión.

CAPÍTULO III

El proclamador en el desierto

Jesús le dijo que no contara nada. Que fuera directamente al sacerdote, presentara la ofrenda que mandaba la ley, y dejara que los procesos oficiales siguieran su curso. Había razones precisas para ese pedido: si la noticia se esparcía sin control, las multitudes iban a ver en Jesús lo que querían ver, un libertador político, alguien que expulsara a Roma y restaurara el reino davídico. El testimonio de la sanación, en cambio, tenía que llegar primero a los sacerdotes, que eran los únicos en Israel autorizados para declarar limpio a un leproso, y que por lo tanto se convertirían, sin poder evitarlo, en testigos oficiales de algo que el rabinismo consideraba imposible. Jesús no había venido a encender una revolución política. Había venido a revelar algo más difícil de ver y más difícil de creer: el verdadero carácter de su Padre.

El curar a un leproso era tan difícil como resucitar a un muerto, decían los maestros. Era algo que sólo Dios podía hacer directamente. Si los sacerdotes lo certificaban, estarían certificando, sin pronunciar el nombre, quién era Jesús.

El hombre escuchó el pedido. Probablemente asintió. Y después salió y proclamó el milagro en todas partes.

Marcos lo registra sin juzgarlo. No hay en el texto ninguna palabra de condena, ninguna corrección retroactiva, ningún «pero desgraciadamente». Simplemente lo cuenta: el hombre salió, empezó a contarlo, lo contó a todos, y como consecuencia Jesús ya no podía entrar públicamente en las ciudades y tenía que quedarse en los lugares despoblados, adonde la gente igual seguía yendo a buscarlo.

La ironía es perfecta y Marcos la deja ahí, sin subrayarla: el que había vivido en el desierto termina entrando a la ciudad. El que había estado en la ciudad termina predicando en el desierto. Los lugares se intercambian. Los roles se invierten.

Y el Reino de Dios sigue avanzando.



Eso es lo que más me detiene de esta historia, y es lo que me parece más necesario escuchar.

El hombre desobedeció. No por rebeldía, sino por desborde. Hay una diferencia. No salió a contradecir a Jesús ni a demostrar que sabía más. Salió porque lo que le había pasado era demasiado grande para guardarlo solo, porque había años de silencio y de vergüenza y de sentirse invisible, y de repente alguien lo había mirado, lo había tocado, le había dicho «quiero», y eso simplemente no se puede guardar.

Y el Reino no se detuvo. No dependía de la obediencia perfecta de sus beneficiarios para avanzar. No dependía de que este hombre hiciera todo bien. El plan de Jesús de llegar a los sacerdotes quedó obstaculizado, sí. Pero apareció otro camino. La gente siguió yendo a los lugares despoblados. El testimonio siguió circulando. El amor siguió haciendo su trabajo.

El Reino de Dios no avanza porque nosotros seamos perfectos. Avanza porque Él es fiel.

EPÍLOGO

Lo que quedó

No sabemos el nombre de este hombre. No sabemos qué fue de él después. No sabemos si los sacerdotes lo declararon limpio con gracia o a regañadientes, si volvió con su familia, si sus hijos lo reconocieron, si su esposa lo abrazó en la puerta de la casa o si la distancia de los años había vuelto el reencuentro torpe y lento, como lo son todos los reencuentros después de una ausencia demasiado larga.

Sabemos solamente lo que Marcos eligió conservar: que un hombre que creía no merecer el amor de Dios se acercó de todas formas, que Jesús se conmovió en las entrañas al verlo, que lo tocó antes de hablarle, y que dijo «quiero» antes de decir «sé limpio». Y que el hombre salió proclamando lo que le había pasado, incapaz de callarlo.

Cada acto del ministerio de Cristo tenía un propósito que abarcaba más de lo que el acto mismo revelaba. Lo que parecía una sanación era también una declaración. Lo que parecía un gesto privado entre dos personas en un camino se convirtió, sin que ninguno de los dos lo planificara, en el testimonio más claro de lo que Dios es capaz de hacer con lo que el mundo descarta.

Lo que este encuentro revela, si se lo mira despacio, es una sola cosa: que el carácter de Dios no es el que el sistema religioso de ninguna época ha logrado describir completamente. Que hay en Él una disposición a conmoverse, a moverse hacia el que nadie más quiere tocar, a decir «quiero» cuando todas las expectativas razonables indicarían silencio o distancia.

«El último mensaje de clemencia que debe darse al mundo es una revelación de su carácter de amor.» Eso es lo que Jesús hizo aquel día en el camino, frente a una multitud que retrocedía. Reveló el carácter de Dios. No con un discurso, no con una doctrina, sino con un gesto y dos palabras.

El leproso lo necesitaba. Nosotros también.



FUENTES

Este libro es una narrativa de no-ficción contemplativa. El material teológico y espiritual proviene íntegramente de las fuentes listadas a continuación. La prosa narrativa fue generada con asistencia de inteligencia artificial (Claude, Anthropic) a partir del material compilado y las reflexiones personales del autor.

Sagradas Escrituras

Marcos 1:40-45 · Mateo 8:2-4 · Lucas 5:12-16 · Levítico 13:45-46 · 1 Juan 4:8

Elena G. White

El Deseado de Todas las Gentes, Capítulo 27: «Puedes limpiarme» · Palabras de vida del gran Maestro, p. 344

Compilación y reflexión del material fuente

Nicolás Bertoa · jesusyoyo.com

Narrativa en prosa

Generada con asistencia de inteligencia artificial (Claude, Anthropic), a partir del material compilado por Nicolás Bertoa.